



# EL PRECIO DE LA AMISTAD

Kjell Askildsen



# EL PRECIO DE LA AMISTAD

Kjell Askildsen

Epílogo de  
Julián Rodríguez

**Nørdicalibros**  
2020

Traducción de  
**Kirsti Baggethun y**  
**Asunción Lorenzo**

Título original: *Vennskapets pris*



© 2015 Forlaget Oktober A/S

© De la traducción: Kirsti Baggethun y Asunción Lorenzo

© Del epílogo: Julián Rodríguez

© De esta edición: Nórdica Libros, S. L.

Avda. de la Aviación 24, bajo P - CP: 28054 Madrid

Tlf: (+34) 917 055 057 - [info@nordicalibros.com](mailto:info@nordicalibros.com)

[www.nordicalibros.com](http://www.nordicalibros.com)

Primera edición en Nórdica Libros: febrero de 2020

ISBN: 978-84-18067-20-4

Depósito Legal: M-1036-2020

IBIC: FA

Impreso en España / *Printed in Spain*

Imprenta Kadmos (Salamanca)



Diseño de colección: Filo Estudio

Maquetación: Diego Moreno

Corrección ortotipográfica: Victoria Parra y Ana Patrón

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

## KONRAD T.

Los martes, Konrad T. iba a ver a su padre. Lo llevaba haciendo desde que volvió a instalarse en la capital, tras la ruptura después de una larga convivencia. Lo hacía sin alegría, pero lo hacía; se sentía incapaz de no hacerlo.

Este martes Konrad llegó demasiado tarde a casa de su padre. Menos de media hora antes de salir de su casa recibió la visita de su relativamente nueva amiga, Vibeke. Konrad le dijo que debería haber llamado. Ella contestó que había sido una ocurrencia repentina, que tenía algo que hacer por allí cerca. Vibeke lo besó. Konrad tenía con ella una relación poco definida; raramente la echaba de menos cuando no estaba, pero su presencia física solía encender en él un considerable deseo, lo que se debía en parte al cambio que tenía lugar en ella cuando también lo sentía: de ser una mujer serena y equilibrada pasaba a mostrarse frívola, tanto en palabras como en hechos.

Se acostaron.

Esa fue la causa de que llegara media hora tarde. Se inventó una explicación. Su padre no podía ver que

su hijo le mentía. Era ciego. Unos años antes, uno de sus ojos había enfermado de glaucoma. Se negó a que lo operaran, alegando que le bastaba con un ojo. Luego su otro ojo enfermó también y la operación fue un fracaso.

Su padre había cumplido setenta años. Konrad sabía que tenía una asistenta. Cuando iba a verlo, le llevaba siempre un par de periódicos del día; el hombre quería que Konrad le leyera en voz alta comentarios y cartas de lectores sobre temas actuales. Pero sobre todo tenía que leerle las cotizaciones bursátiles de dos fondos en los que el hombre tenía un número desconocido de acciones.

Konrad era incapaz de interpretar las reacciones de su padre, ya que el hombre carecía de mirada. Y no le preguntaba. Lo había hecho una vez y en aquella ocasión, tras un repentino movimiento impaciente de la cabeza, su padre le respondió: Sin cambios.

De vez en cuando su padre le preguntaba cómo estaba, y cuando Konrad tenía algo que contar, el hombre parecía escucharlo pacientemente, aunque sin hacer preguntas al respecto, lo que solía dar lugar a una larga y opresiva pausa antes de que el padre la rompiera con un lacónico: Bueno, bueno. Esa tarde el padre estaba más callado y ausente que de costumbre, y cuando Konrad empezó a hojear uno de los periódicos, le dijo: No, hoy no.

¿Ha ocurrido algo? le preguntó Konrad.

No, contestó el hombre.

Luego se quedaron callados un buen rato hasta que el padre dijo: No eres precisamente hablador.

Supongo que lo he heredado de ti, dijo Konrad algo forzado.

Puede ser, dijo el padre, aunque tu madre tampoco es que fuera muy habladora.

Mi madre sí, dijo Konrad, ella hablaba mucho.

No, dijo su padre, te equivocas.

Se quedaron callados de nuevo.

Cuando a Konrad le pareció que ya llevaba allí el tiempo suficiente, le preguntó a su padre si estaba cansado. El hombre no contestó, sino que dijo: ¿Te vas ya?

Simplemente te he preguntado si estás cansado, dijo Konrad.

¿Cansado? dijo su padre. Y luego, tras una pausa: Pero antes de marcharte haz el favor de traerme una botella de vino y una copa.

Konrad se levantó.

No he dicho que vaya a irme ya, dijo.

Había cuatro botellas de vino tinto en la parte de abajo del aparador; Konrad cogió una, fue a la cocina, la abrió y se acercó a su padre con la botella y una copa grande. Tras echar el vino en la copa y dársela, dejó la botella en la mesita que había al lado de su sillón.

El padre palpó con la mano libre para averiguar dónde se encontraba exactamente la botella.

Gracias, dijo.

Konrad vaciló; su padre había adquirido un aire de humildad que le hizo sentirse desconcertado; de repente le resultaba más difícil marcharse que quedarse. Dijo: ¿Puedo hacer algo más por ti?

No, gracias, contestó su padre, ahora está todo bien. Todo está bien.

Konrad estaba de pie muy cerca de él, su padre volvió la cabeza y lo miró. Eso sintió Konrad, que su padre lo estaba mirando, y pensó: Creo que no le he hecho nada malo.

Mientras Konrad se limitaba a dejar que su padre lo mirara, el hombre soltó la copa. Konrad tuvo la clara impresión de que la había dejado caer, no de que se le cayera. La copa acabó en el regazo del hombre, lo mismo que el vino. Konrad cogió la copa y la dejó en la mesa. Su padre se puso de pie, pero se quedó quieto.

Un momento, dijo Konrad.

Fue a toda prisa a la cocina y cogió un paño y un rollo de papel. Su padre seguía en el mismo sitio, con la boca entreabierta. Konrad limpió el vino del hundido asiento de cuero.

Ya puedes sentarte, dijo.

El hombre se sentó. Konrad apretó el paño sobre los muslos húmedos del pantalón de su padre y pensó: No había estado tan cerca de él desde que era un

niño. Notó que los muslos estaban mucho más delgados y duros.

Bueno, ya basta, dijo su padre.

Konrad arrancó un trozo largo de papel y limpió el vino del suelo. Oyó que su padre volvía a llenarse la copa.

El hombre dijo: De repente todo se iluminó.

¿Se iluminó? preguntó Konrad.

Sí, contestó su padre, por un momento todo se iluminó.

Konrad fue a la cocina y tiró el papel al cubo de la basura, luego se lavó las manos. Se tomó mucho tiempo; estaba desconcertado.

Cuando volvió al salón, su padre tenía la copa en la mano. Konrad le preguntó si quería que se quedara.

No, no, contestó el hombre, ya me encuentro muy bien. Y gracias por limpiarlo todo.

Faltaría más, dijo Konrad.

Bueno, tal vez, dijo el padre, pero gracias de todos modos.

Konrad apagó las luces, luego dijo adiós y se marchó.

Abajo, en la calle, Konrad vio que quedaban quince minutos para la salida del siguiente autobús, y echó a andar hacia el centro. Pasó por delante de dos paradas, y se detuvo en la tercera. Tenía marquesina y un banco. Se sentó.

Una mujer sin ropa de abrigo salió de un portal a unos diez o quince metros más abajo; se quedó parada en el borde de la acera, de espaldas a la calle. Al poco rato un hombre salió del mismo portal, también con poca ropa. Caminó lentamente hacia ella. Por un instante permanecieron en silencio cara a cara. De repente el hombre abofeteó a la mujer, Konrad lo vio y lo oyó. La cabeza de la mujer fue desplazada hacia un lado, pero no salió de ella sonido alguno. El hombre volvió a abofetearla, y luego una tercera vez. La mujer estaba con los brazos colgando a los lados del cuerpo, dejando que ocurriera. Luego dio un paso hacia delante y lo besó. El hombre la cogió del pelo con una mano y la llevó hasta el portal. Justo en ese momento llegó el autobús.

La escena que Konrad había presenciado le produjo una reacción sexual, y en el autobús, camino de su casa, se acordó de repente de un cuento de Anaïs Nin en el que, según recordaba, la autora describe una escena en la que, mientras contempla una ejecución pública, una mujer es toqueteada por un hombre que está justo detrás de ella en medio de la multitud. La mujer no hace nada para oponerse a que el desconocido acabe penetrándola, y en el instante en que el hacha baja y la cabeza es separada del cuerpo del condenado, ella alcanza el orgasmo.

Cuando Konrad llegó a su casa llamó a Vibeke, pero ella no contestó. Como compensación, Konrad

sacó el libro de Nin de la librería y leyó el cuento. Durante la lectura, pero sobre todo después, se extrañó de lo mal que lo recordaba.

Dos noches después tuvo un sueño. Nunca había intentado interpretar los sueños, sabía que no era posible, pero no negaba que pudieran dejar huellas. Soñó con su padre. En el sueño no había ninguna acción, solo una cara, una cara retorcida, de rasgos duros. No se parecía en nada a la cara de su padre, pero sabía que era la suya. Aparecía y desaparecía una y otra vez. Se despertó con esa cara presionándole los ojos, intentando entrar en él.

Se levantó, eran las tres y media. Bebió un vaso de agua, luego fue al salón y anotó el sueño con palabras clave: «Padre, no padre. Cara. Quería entrar dentro de mí».

Esa misma mañana salió a hacer fotos. Hizo cuatro de dos troncos de árboles, una con una playa, otra con el mar, otra con el horizonte y otra con el cielo de fondo. Un motivo lineal con aproximadamente un setenta por ciento de nubes. No podía dejar de pensar en el sueño. Tenía la sensación de no querer olvidarlo. Siguió andando, pasó por delante de los pinos y bajó hacia la orilla del mar, adentrándose en el motivo, por así decirlo. Luego dio media vuelta y se dirigió al café en el que había quedado con Vibeke.

Vibeke dejó en la mesa *Viaje al fin de la noche* y encendió un cigarrillo. Él se sentó.

¿Bien?, preguntó ella.

Sí, contestó él.

¿Mar?, preguntó ella.

Sí, contestó él, eso también, pero lo que más cielo y playa.

## WILLY HASSEL

Willy Hassel caminaba por el sendero del bosque por el que solía caminar, con la esperanza de vivir una experiencia.

A la izquierda tenía una vista casi despejada entre erguidos troncos de pino, a la derecha crecía un tupido matorral que ocultaba por completo lo que había detrás, pero él sabía lo que era. Llegó al extenso campo labrado donde el sendero se bifurcaba y se detuvo; no solía pasar de allí.

Se sentó en un tocón un poco retirado del sendero y evocó la imagen del reacio cuerpo de una mujer que acabó permitiéndole hacer con él lo que quiso. Luego se fumó un cigarro; de repente se percató del silencio y del paisaje inmóvil.

Estático, pensó, silencioso y estático, el pensamiento le llegó como un malestar, como algo casi amenazante, se levantó a toda prisa y volvió al sendero por el mismo camino de antes, hasta que descubrió una persona delante de él; entonces aflojó el paso. Por un momento pensó que se trataba de una mujer, pero era un hombre que andaba lentamente en la misma

dirección que él. Willy Hassel pensó: ¿De dónde viene? Por aquí no hay ningún otro sendero aparte de este, ¿no? ¿Venía en la misma dirección que yo y luego se ha dado la vuelta al verme sentado en el tocón? ¿Ha estado observándome?

La idea le hizo sentir un gran malestar y se detuvo. Permaneció inmóvil hasta que el hombre desapareció de su vista donde el sendero se bifurcaba hacia la izquierda; entonces Willy Hassel se abrió camino por entre los matorrales y se apresuró a subir un pequeño monte hasta un punto en el sendero por el que el hombre no podía haber pasado todavía. Entonces echó a andar a su encuentro.

Pensó: Ahora se dará cuenta de que no era yo al que ha visto. Y si cree reconocerme, no sabrá qué pensar. Cuando me cruce con él me quedará mirándolo y haré un gesto con la cabeza como suele hacerse cuando uno se encuentra con un desconocido por un sendero en las afueras de la ciudad.

Pero no se cruzó con él. Se detuvo y miró hacia dentro por entre los troncos de los pinos. Luego volvió rápidamente por el mismo camino, y al salir del bosque, justo donde había aparcado el coche, lo vio. Se encontraba a unos quince o veinte metros de distancia, inclinado hacia delante, de espaldas; estaba atándose un cordón del zapato. Willy Hassel se apresuró hasta el coche, se metió en él y colocó el espejo. El hombre ya se había dado la vuelta, y cuando Willy Hassel se dio

cuenta de que se trataba de un hombre al que no había visto jamás, pensó: Como yo no lo conozco a él, él tampoco me conoce a mí.

Se reclinó en el asiento. Bajó la ventanilla, arrancó el motor y metió las arias de Verdi en el lector de CD.

Cuando un rato después Willy Hassel cogió el ascensor del garaje hasta la sexta planta, se le ocurrió la idea de invitar a Lisa a salir. Ella se alegraría, pensó.

Llamó a la puerta y abrió, solía hacerlo cuando creía que ella estaba en casa. Lisa salió a la entrada.

Ah, eres tú, dijo.

Sí, ¿quién si no?, dijo él.

Mi madre, contestó ella. No he podido evitarlo, llamó hace una hora, llegará en cualquier momento. ¿Te parece horrible?

No, contestó él.

Willy Hassel se encontraba en el dormitorio cuando llegó la madre de Lisa. Estaba justo delante de la puerta y podía oír sus voces, pero no lo que decían. Luego las voces se alejaron, y él se acercó al armario y se puso la americana clara que según Lisa le sentaba tan bien. Se miró en el espejo. Fue al salón.

Buenas tardes, dijo.

Hola, Willy, dijo la madre de Lisa.

Willy Hassel se acercó al sillón en el que la mujer estaba sentada y le tendió la mano. Ella la cogió y

la retiró rápidamente para que le diera un abrazo. Él se sentó. Lisa y su madre retomaron la conversación que habían interrumpido; Willy Hassel no prestaba atención a lo que decían. Se estiró para alcanzar la cafetera y llenó la taza vacía que tenía delante.

Ah, perdona, dijo Lisa.

Él la miró y sonrió.

Se tomó el café y se sirvió otra taza. La madre de Lisa hablaba de una amiga que tenía cáncer. Willy Hassel se levantó y dijo: Voy a por cigarrillos.

Fue al dormitorio, cogió el paquete de tabaco del bolsillo de la americana, sacó todos los cigarrillos menos uno y los metió en el cajón de la mesilla de noche, luego volvió al salón con el paquete en la mano, se sentó, dejó el paquete en la mesa y lo abrió.

Ay, dijo en voz baja, aparentemente dirigiéndose a sí mismo.

¿Qué pasa?, dijo Lisa.

He olvidado comprar tabaco, dijo él.

Encendió el último cigarrillo que quedaba en el paquete. Lisa y su madre continuaron la conversación sobre la amiga enferma de cáncer. Willy Hassel fumaba. Se acabó la taza de café. Luego se levantó.

Voy a comprar tabaco, dijo.

Vale, dijo Lisa.

La madre de Lisa dijo: Vuelve pronto, Willy.

Sí, dijo él, si no me atracan.

Qué dices, dijo la madre de Lisa y tocó madera.

Willy Hassel se rio y Lisa dijo: No debes bromear con esas cosas, Willy.

Él volvió a reírse.

Tienes razón, dijo.

Willy Hassel recorrió los aproximadamente quinientos metros que había hasta el “Pub de Víctor”; se tomó una pinta. Compró cigarrillos. Se tomó otra pinta.

Ahora me atrazarán, pensó.

Cuando llegó a casa, se metió en el cuarto de baño y se cepilló los dientes, luego siguió hasta el salón.

La madre de Lisa dijo: Acabamos de hablar de ti, Willy.

¡Pero, mamá!, dijo Lisa.

Te pone por las nubes, dijo la madre de Lisa.

¡Pero, mamá!, repitió Lisa.

No importa que lo cuente, dijo la madre de Lisa, ¿a que no, Willy?

Él no contestó inmediatamente, luego dijo: Si Lisa opina que importa, es que importa.

Vale, dijo la madre de Lisa, entonces quizá no debería haberlo dicho, pero la intención era buena.

Sí, sí, mamá, dijo Lisa.

Por unos instantes, se hizo el silencio.

Sí, sí, dijo la madre de Lisa.

Willy Hassel preguntó: ¿Hago más café?

Por mí no, gracias, contestó la madre de Lisa.

Sí, por favor, dijo Lisa.

Willy se levantó y fue a la cocina. Se quedó inmóvil hasta que oyó hablar en voz baja en el salón. Cuando volvió con el café, la conversación se interrumpió y le pareció que Lisa había llorado, pero ella lo miró sonriendo. Willy le sirvió café.

Gracias, dijo ella.

Deberíamos haber tenido un poco de coñac, dijo él.

Mi madre tiene que conducir, dijo Lisa.

Aun así, dijo él. No se sentó. Tras una breve pausa, dijo: En algunos lugares del mundo da mala suerte no tener alcohol en casa cuando hay invitados.

Eso son supersticiones, dijo la madre de Lisa.

Willy Hassel se rio.

Para los que creen en ello es fe, dijo, igual que cuando tú tocas madera.

Lisa le alcanzó la jarrita de leche y dijo: ¿Podrías, por favor, ir a por un poco más de leche?

Claro que sí, contestó él sonriéndole. Qué miedo tiene, pensó.

Cuando volvió, Lisa estaba hablando de su inminente viaje de vacaciones a Madeira. Willy Hassel se sentó y encendió un cigarrillo. Lisa hablaba a su madre de todas las flores raras que había allí, sobre todo de las muchas clases de orquídeas, y de que había canales artificiales de riego a lo largo de los cuales se podía pasear, incluso a través de túneles en las montañas, y que se cultivaba grano hasta a mil metros sobre el mar.

¿A que sí?, dijo ella mirándolo.

Sí, asintió él.

Y también cultivan azúcar y plátanos, añadió Lisa; después se calló.

Se hizo el silencio, luego la madre de Lisa dijo: Bueno, bueno.

Willy Hassel notó que algo le subía por dentro, y dijo: A tu madre eso no le parece nada interesante.

¿Cómo?, dijo la madre de Lisa.

No se me da bien contar cosas, dijo Lisa.

Eso no es verdad, dijo él.

Madeira, dijo la madre de Lisa, supongo que de allí viene el vino de madeira, ¿no?

Sí, asintió Lisa.

Eso pensaba yo, dijo la madre de Lisa; luego, al cabo de una larga pausa, dijo: Bueno, me voy ya.

Pero no se levantaba. Willy Hassel se levantó. Sonrió a Lisa y dijo: Voy a darme un pequeño paseo.

Muy bien, dijo Lisa.

Willy Hassel fue hasta el puente y volvió por el mismo camino. Salió del bosque justo detrás de la gasolinera. Entre los surtidores de gasolina y la puerta había aparcados dos coches de policía. En el momento en el que iba a cruzar la carretera principal, una voz le gritó: Hola, tú, y Willy Hassel se detuvo.

Se dio la vuelta. El policía le hizo señas para que se acercara. Se esforzó por no andar ni demasiado deprisa

ni demasiado despacio. Cuando paró delante del policía, este le dijo: ¿Qué haces aquí?

Voy a mi casa, respondió Willy Hassel.

¿Vas a tu casa desde dónde?

He salido a dar un paseo, dijo Willy Hassel.

Contesta a lo que te pregunto.

Willy Hassel explicó de dónde venía. El policía tomaba notas.

¿Ida y vuelta por el mismo camino entonces?

Sí, contestó Willy Hassel.

¿Y a qué hora pasaste por aquí en dirección contraria?

Willy Hassel se quedó pensando. Pensó: Ha habido un atraco. Luego pensó: Tal vez haga media hora. Dijo: Hace unos tres cuartos de hora.

¿Nombre?

Willy Hassel se lo dijo. El policía lo anotó.

¿Dirección?

Willy Hassel se la dio. El policía preguntó si llevaba papeles que pudieran certificar su identidad.

No, contestó Willy Hassel.

Espera aquí, dijo el policía.

Subió al coche y cerró la puerta. Willy Hassel vio que estaba hablando, pero no oía lo que decía. El policía se bajó del coche.

¿Ha habido un atraco?, preguntó Willy Hassel.

¿Qué te hace pensar eso?

Willy Hassel no contestó.

El policía se lo volvió a preguntar.

Pues algo tiene que haber pasado, dijo Willy Hassel.

¿Por qué precisamente un atraco?

¿Qué si no?, preguntó Willy Hassel.

El policía lo contempló durante un buen rato. Anotó algo. Willy Hassel se fijó en que sacaba media cabeza al hombre. El policía le preguntó si había visto a alguien delante de la gasolinera cuando pasó por allí hacía tres cuartos de hora. Willy Hassel fingió reflexionar.

No, contestó.

¿Ningún coche?

Creo que no, contestó.

¿Estás seguro?

No, dijo.

El policía dijo que podía ser importante y Willy Hassel dijo que lo entendía. Entiendo que soy un testigo potencial, solo que no sé de qué, dijo.

Tendrás noticias nuestras, dijo el policía.

Willy Hassel se marchó. Se sentía casi exaltado. Se tomó dos pintas en la Tasca de Jakob, eso le llevó media hora o un poco más, eran ya las once y media. Pidió otra pinta. Se la bebió y fue al cuarto de baño. Al salir, se sentó en una mesa libre y pidió otra pinta.

Willy Hassel volvió a casa sobre las tres. Abrió sigilosamente la puerta. Se desnudó y dejó la ropa en el

sofá. No hay nada malo en dar un paseo, pensó. Luego abrió con cuidado la puerta del dormitorio.

Ya estás aquí, dijo Lisa.

Sí, dijo él.